

Las artes en la época de la manipulación

Fernando Morlanes Remiro

Las redes, los nuevos medios, las nuevas tecnologías producen cambios en la creación artística y en la contemplación y consumo de todas las artes ¿Ese aparente acercamiento a la multitud democratiza el arte?



Gofer

0-1-0-0-1... ¿hay pulsión? ¿no hay pulsión? También los sentimientos y las emociones avanzan por la autopista binaria, toman forma, compiten con las artes, reconstruyen las conexiones cerebrales, los sistemas nerviosos, los humores, las alteraciones cardíacas, las influencias astrales, las fases de la luna, las intuiciones, los sueños... Sin embargo, Baudelaire pensó que “La irregularidad, es decir, lo inesperado, la sorpresa, el asombro, son una característica y una parte esencial de la belleza”.

Todo nos llama y nos secuestra la voluntad cuando brilla el aura del arte, cuando nos sentimos solos ante la belleza, cuando un ímpetu social toma fuerza y ocupa nuestra soledad sin que deje de ser eso, soledad. ¿El aura, esa pulsión que Benjamin señaló como fundamento de la singularidad del arte, es en verdad fundamental?

Preguntas y preguntas que no podremos dejar de hacer, pero que no detendrán el avance de la ciencia ni la presencia de la belleza ni el miedo a ser controlados por las máquinas

¿Serán sustituidas las personas por las máquinas? ¿Quién es capaz de calcular la reacción de cada mente ante la contemplación de un paisaje en la forma en que es capaz de contemplarlo en cada instante, desde cada ángulo? Haría falta sentir una pulsión universal, tener vividas todas las vidas y debidamente clasificadas y cualificadas. El problema no será la suplantación del artista por la máquina, porque el artista seguirá siempre creando del modo que mejor le convenga. Lo verdaderamente problemático sería que

las máquinas fuesen capaces de crear El Paisaje, un paisaje para todas las miradas, un paisaje con una imagen que produjese un lenguaje único o, mejor, que fuese muda. Siguiendo la obra del mencionado Benjamin, hablamos de un paisaje que nos ofrecería, tal vez, fruición pero que habría sepultado nuestra mirada crítica.

Sumergidos en “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”, recibimos la idea de que el arte ha tenido un origen ritual y que su transformación tecnológica, su reproductibilidad, su acercamiento a las masas ha situado su origen en la política. Es decir, ha perdido autonomía, se ha hecho más manipulable sirviéndose de la distracción que produce su contemplación masiva. Esto sucede, según Benjamin, cuando la tecnología nos hace creer en la democratización del arte, cuando sustituimos la obra singular por la copia, cuando rompemos el alejamiento místico que envuelve la obra de arte singular, la distancia entre el objeto y el sujeto. Dicha situación encierra sus peligros, pero no es determinante ni tiene porque ser negativa.

“ Lo verdaderamente problemático sería que las máquinas fuesen capaces de crear El Paisaje. ”

El problema se ha agravado más tarde, cuando la intervención más directa del capitalismo ha convertido todo en mercado. Ha sido entonces cuando nos hemos encontrado con el arte, el diseño, la moda, el deporte, con todo tipo de espectáculo y de ocio colocados en un mismo compartimento; cuando, tras la modernidad, la cultura de masas se convierte en cultura de consumo, cuando esa supuesta democratización nos va alejando cada vez más del goce de la contemplación del arte cambiándolo por la posesión del original o de la copia (es lo mismo), por la possibili-

dad de tener cualquier obra de arte a nuestro alcance (aunque sea a través de Internet). El caso es poder decir “tengo esa obra”, “puedo ver eso”... Aunque ese acceso, tan masivo, nos priva de la suficiente serenidad para poder comprender lo que vemos con una mínima perspectiva crítica. No importa si las cosas son o no son bellas, nos comunican belleza y por ende placer, emoción, dolor, tristeza, alegría... Lo que importa es que tenemos objetos bellos e incluso valiosos. Importan los objetos. No su mensaje, no su aura, no su contribución al enriquecimiento de nuestro espíritu y nuestros principios.

“ La manipulación tiene poco que ver con una idea utópica de democracia, y la aplicación de las nuevas técnicas creativas son cada vez menos garantistas. ”

Todo esto ejerce una tensión directa sobre la creación artística, haciendo que muchos creadores —yo diría que la mayoría— se olviden de ese impulso interior que les empuja a crear arte para cambiarlo por un impulso especulativo, que les obliga a calcular el beneficio que podrá producir su esfuerzo si lo realiza de un modo o de otro. El artista, antes de crear, estudia el mercado.

Claro está, que esa supuesta libertad que ofrecen las redes, al usuario, le llevan a recorrer las mismas a gran velocidad con ganas de asomar la nariz en todos los rincones, pero sin tiempo para valorar sus cualidades, sin tiempo para conocer lo que comparten o sobre qué disienten. Y lo que es más importante, tampoco sabemos si ese cuadro sobre *Los fusilamientos del tres mayo* que estamos contemplando en Internet se nos presenta como una reproducción del que pintó Goya o ha sido manipulado usando tecnologías digitales ¿Qué estamos viendo?

La manipulación tiene poco que ver con una idea utópica de democracia y la aplicación de las nuevas técnicas creativas son cada vez menos garantistas. Existe pues un acercamiento ficticio del objeto hacia el sujeto. Un acercamiento que deforma el origen y la función del arte, porque la contemplación del arte solo se ejerce con libertad de modo individual. La multitud produce estadísticas, escalas de valores que en nada tienen por qué coincidir con las de una persona particular, que ni siquiera producen un paradigma válido de “opinión pública”, imposible hoy de reconocer a través de las redes y de los medios debido a la velocidad en la que se producen las informaciones, los cambios en el conocimiento y, sobre todo, la manipulación constante de los conceptos, las noticias y las propias estadísticas. No hay democracia posible en ese consumo enloquecido y desacreditado de las artes. “La opinión pública, a fin de cuentas, no es una voz unificada ni un punto medio de equilibrio social” — nos dicen Hardt y Negri en su *Multitud*—, aún menos podemos encuadrar en esos parámetros la valoración, las opiniones sobre las artes. Una creación que surge de una pulsión interna del artista debería ser recibida por una pulsión interna del individuo que la contempla. Debemos contribuir a este embarullado debate, siendo dueños de nuestras pulsiones, sin dejar que nadie las manipule ni las programe.

Bibliografía

Baudelaire, Charles; *Dibujos y fragmentos póstumos*; México D.F: Sexto Piso, 2012.
Benjamin, Walter; “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” en *Walter Benjamin. Obras.I.2*; Madrid: Abada Editores, 2012.
Hardt, Michael y Antonio Negri; *Multitud*; Madrid: Debate, 2004.